

necia en Zu-kar envió a Ka'aká a Basora, y, efectivamente, éste halló a los coaligados dispuestos a aceptar sus proposiciones. Aun cuando la ambición personal suele cegar a los hombres, no era posible desconocer que, de todas suertes, tanto ante los enemigos exteriores como ante la comunidad, era un acto de osadía y de grave responsabilidad volver las armas de los musulimes unos contra otros en vez de mantenerlas reunidas para la defensa y propagación de la fe entre persas y bizantinos. Tal vez hizo también Alí alguna indicación de que podría buscarse un medio de compartir la soberanía; en todo caso, Ka'aká le llevó la noticia de que los coaligados estaban inclinados a entrar en negociaciones si Alí se manifestaba dispuesto a arrojar de su ejército a los regicidas que en él se hallaban. No podían menos de pedirlo así después de haber vociferado tan estrepitosamente que el objeto de toda la campaña era vengar la sangre de Othman. Con todo, la exigencia era demasiado fuerte; hacia pocas semanas que Mohammed Ibn Abí Bekr y Malik El-Aschtar se habían esforzado extraordinariamente en ganar a los de Kufa en favor de Alí, y arrojarlos entonces de su seno era cometer una grosera ingratitud. Sin embargo, Alí, que siempre se había mostrado fiel y leal a sus partidarios, decidió en este caso posponer toda clase de consideraciones personales a un fin más elevado. Empezando, pues, la marcha desde Zu-kar a Basora, hizo preceder de la noticia de que aceptaba la condición propuesta, y dió, al propio tiempo, orden de que todos los que habían tomado parte en la rebelión contra Othman se separasen del ejército y quedasen atrás. Pero a estos, naturalmente, no podía convenirles el nuevo giro de los acontecimientos; no podían ocultarse en manera alguna que estaban en peligro de ser sacrificados en aras del restablecimiento de la paz general. Mientras Alí avanzaba con su ejército deliberaron acerca de lo que habían de hacer, y acordaron, después de larga discusión, intentar suscitar una lucha general por medio de un ataque inesperado contra los coaligados. Marcharon, pues, formando una reducida hueste (1) pero dispuesta a todo, en pos de las tropas de Alí, y acamparon en Horeiba, población vecina de Basora, cuando Alí acababa de establecer su cuartel general en un arrabal de esta última ciudad. Desarrollóse entonces un trato amistoso durante algunos días entre Alí y los coaligados, lo mismo que entre el ejército del califa y la hueste de los rechazados. Ya se creía terminada la discordia; Sobeir, según se refiere, había ya hecho formal promesa a Alí de no luchar más contra él, según se supone porque Alí había conseguido prevenirle contra Talja y atraérselo con ofrecimientos; mas de improviso, en la madrugada de un día del mes Schumada I del año 36 (noviembre de 656) (2), cayeron los regicidas sobre una partida de coaligados que estaba en Horeiba, consiguiendo, como ya lo habían esperado, que ambos ejércitos se arremetieran mutuamente, pues que por ambas partes se creyó desde luego en un desleal rompimiento de la tregua. De las confusas noticias que tenemos sobre esta batalla, la primera que riñeron musulimes contra musulimes, parece desprenderse que fué dura y enconada.

La unidad religiosa había deshecho hasta cierto punto los antiguos lazos de las tribus, teniendo, en muchos casos,

(1) Según una tradición, ascendían, sin embargo, a unos 2,600 hombres. Como según las noticias más fidedignas, el número de los rebeldes, a la muerte de Othman, no pasaba de unos mil, hemos de suponer que se debieron adherir a los regicidas cierto número que pensaban del mismo modo y otros procedentes de las mismas tribus.

(2) Las varias tentativas hechas para fijar el día me parecen infructuosas; en cambio, puede considerarse como inexacta la fijación que se ve en muchas tradiciones de esta batalla en el mes Schumada II (diciembre de 656).

una misma tribu sus individuos parte en Basora y parte en Kufa: así, estaban Rabi'a frente a Rabi'a, Modar frente a Modar (3), y héroes de las guerras persas y piadosos lectores del Corán pelearon en ambos lados unos contra otros. Ciertamente Sobeir mostró pocos deseos de pelear, tanto era lo que se había prometido del convenio amistoso con Alí, y dícese que fueron necesarias las palabras burlonas de su propio hijo Abdallah para excitarle a la lucha. Pronto la abandonó, después de haber hecho honor a su antiguo arrojo, pero encontró no lejos del campo de batalla una muerte sin gloria a manos de un oscuro beduino, el cual por medio del alevoso asesinato de un hombre que precisamente estaba en oración, y ajeno por lo mismo a lo que pasaba a su alrededor, pensaba alcanzar el favor de Alí. Talja recibió en la lucha una grave herida, de la cual fluyó tanta sangre que le produjo la muerte antes de llegar a la ciudad; su fin y la desaparición de Sobeir quebrantaron la firmeza del ejército, que quedó sin jefes. Pero cuando ya iniciada la fuga, pasaban atropelladamente los pelotones junto al camello en cuya litera iba Aischa, la «madre de los creyentes» llamó con estridente voz a la lucha a sus «hijos»; uno de sus fieles, levantando en alto el santo libro de Dios, se adelantó hacia los enemigos, que acometían de cerca, mientras continuaba resonando el grito de Aischa: «¡Allah, Allah; no olvidéis a Allah ni la venganza!» Así las olas de la lucha se rompían de nuevo en torno de la enérgica esposa del Profeta; por encima de los combatientes dominaba la litera de su camello, la que por último quedó cubierta de flechas «como un erizo de puas.» Hasta el mismo Malik, que acababa de pelear valientemente con Abdallah Ibn Sobeir, a quien había inferido una grave herida, tuvo que renunciar a coger las riendas del camello de Aischa, delante del cual formaban en primera línea como una muralla viva las gentes de la tribu Dabba. Cuando habiéndose apartado algún trecho, tropezó con el enérgico Ka'aká y hubo dado el silencio por respuesta a su pregunta de si quería retirarse, Ka'aká opinó que se debía «reproducir la tentativa de otra manera.» En el bando de Alí había también uno de la tribu Dabba, que gritó a sus compatriotas que le dejaran acercarse, como si tuviese algo que comunicarles; pero una vez cerca de ellos, sin decir nada, con un rápido tajo cortó un nervio de la pata del camello, de modo que éste cayó. Veloz se precipitó entonces Ka'aká con los suyos y se llevaron la litera con Aischa, y solo entonces retrocedieron sus valientes defensores. Alí prohibió toda persecución, la matanza de los heridos y el saqueo de la ciudad; hasta a Aischa, que después de su apresamiento, sin dejarse abatir por la desgracia, apostrofó enfurecida a su hermano Mohammed Ibn Abí Bekr y a otros, se la dejó ir en paz a la Meca, desde donde regresó a Medina después de terminada la peregrinación de aquel año.

La muerte de sus rivales, mas bien que la victoria, en la «batalla del camello» convirtió a Alí en señor indisputable de todo el Irak, cuya población no se resistió ya más a prestarle homenaje. A lo menos en la Arabia no había que pensar ya en una abierta rebelión; pero Moawiya todavía permanecía sin tributar obediencia al califa. Por más pequeña que fuera, sin embargo, su provincia por lo que a extensión se refiere, comparada con los territorios dominados por Alí, disponía, en verdad, si no de mayores, de más seguros medios que éste. La Persia, al Este del Tigris, dada la constante necesidad de mantener sujetos a los territorios apenas conquis-

(3) Modar y Rabi'a son las dos principales divisiones de los árabes ismaelitas (norte-árabigos); aquella abraza a los gatafan, hawasin, ssoleim, temim, hodheil, aszad, koreisch, etc., y la segunda, entre otros, a los bekr y a los taglib.

tados, era más bien entonces para el que la poseyera una carga que una ayuda; el Egipto apenas estaba en comunicación con las demás provincias, y el menor fracaso lo haría caer en manos de la Siria, que estaba enfrente. Además, los que con los «compañeros de emigración» y «auxiliares» del Profeta acudían, en mayor número que éstos, a luchar contra los impíos omniadas, no eran más que los del Irak, cuyo espíritu veleidoso no permitía esperar de ellos muy tenaz perseverancia. Por otra parte, Moawiya, tan pronto como comenzó a mejorar la situación de Alí llamó a su lado todas sus tropas, abandonando por lo pronto los no muy seguros distritos fronterizos de la Armenia, y así como su ejército era superior en número, si bien en corto grado, a las huestes de Alí, del mismo modo podía contar en todos conceptos, como consigo mismo, con los sirios, a los cuales se había sabido atraer íntimamente por medio de un bien calculado sistema de rígida disciplina y de consideración personal, pero ante todo por una liberalidad bien entendida. No por eso dejó de vacilar durante algún tiempo, cuando hacia mediados del año 36 (principios de 657), Alí, que ya había fijado su residencia en Kufa, le reiteró su petición de que, siguiendo el ejemplo de los compañeros del Profeta, le reconociera como califa. Era evidente que una nueva negativa debía conducir a la guerra, la cual podía conmover los cimientos del Islam y acarrear la ruina de los que osaran sacrificar a su ambición la causa de la fe. A los representantes de la aristocracia de la Meca no podía ocultarse que habría sido inútil todo el afán con que la humillante derrota de la tribu Koreisch por Mahoma se había convertido en la dominación de los jefes de aquella misma tribu sobre un nuevo imperio, si entonces se sometían; así, decidióse Moawiya, lo mismo que el anciano Amr, a quien volvió a consultar entonces y que fué en adelante el alma de su política, por proseguir la resistencia conservando siempre como era natural la bandera de la venganza de Othman, por más que las gentes avisadas no dieran más crédito a semejante móvil que el mismo Moawiya. Por aquel tiempo escribió éste una carta muy afectuosa a Sa'ad Ibn Abi Wakkas en la que manifestaba su esperanza de que todos los hombres distinguidos que en otro tiempo habían sido elegidos para diversos cargos por Othman contribuyeran a vengar su sangre; decía que en este sentido habían obrado Talja, Sobeir y Aischa, y que no dudaba de que él se adheriría también a estos. Sa'ad contestó secamente que Alí era tan bueno y hasta tal vez mejor que cualquier otro de los que eligieron a Othman; por lo que se refería a Talja y Sobeir, mejor les hubiera ido si se hubiesen quedado en sus casas, y que esperaba que Allah perdonaría a la «madre de los creyentes.» Permaneció, pues, tranquilo en su retiro.

Mejor éxito tuvo otra astucia de Moawiya. Egipto estaba administrado, a nombre de Alí, por el enérgico e inteligente Keis Ibn Sa'ad, que tuvo la prudencia de dejar en paz a los adversarios del califa que habitaban en Harbita, ya que ellos por su parte no daban muestras de querer apelar a medios violentos. Este lugarteniente era un tropiezo para Moawiya. A una carta suya en la que procuraba apartarle de su fidelidad a Alí, había contestado Keis, con más verdad que cortesía: «Tú no eres más que un idólatra como otros de la Meca; de mala gana te acogiste al Islam y con satisfacción te has apartado de él.» De muy buen grado había prometido Moawiya a Amr la lugartenencia del Egipto, y él mismo codiciaba hacer suyos los recursos de aquel productivo país; mas para lograrlo era menester ante todo decidir a Alí a que enviase allá, en sustitución de Keis, a un hombre de cortos alcances que fácilmente se dejara llevar a cometer necedades. Con este objeto se forjó una carta a nombre de Keis, la cual contenía expresiones de su supuesta amistad hacia

los vengadores de Othman, cuidándose de darle gran notoriedad para que el califa tuviese noticia de ella. El variado talento de Alí no se extendía desgraciadamente a la política, en la que era un verdadero niño; así, pues, cuando Mohammed Ibn Abí Bekr, a quien dominaba el más obcecado fanatismo, le informó de la «traición» de Keis, cayó desde luego en el lazo y envió a que sustituyera a este hombre tan capaz al propio Mohammed, quien, como ya era de suponer, muy pronto introdujo la mayor confusión en todo el Egipto. Keis fué bastante generoso para disimular a su soberano la falta cometida, y le ofreció su espada para la guerra contra Moawiya, que precisamente entonces iba a emprender el ejército de Alí, marchando hacia la Siria, en distintas divisiones, al través de la Mesopotamia. Componíase este ejército de tropas de varias provincias mandadas por sus respectivos lugartenientes, entre ellos El-Asch'ath Ibn Keis, del Aderbidyan, Scharir Ibn Abdallah, de Hamadan, y Abdallah Ibn Abbas, de Basora, y formaban el núcleo de la fuerza más de mil de los antiguos compañeros del Profeta, de los cuales 70 eran de los que habían peleado en Bedr, y los hombres de Kufa, los conquistadores de la Persia. Cuando se llegó al Eufrates, cerca del punto donde forma un gran recodo hacia el Sudeste, confirióse el mando de la vanguardia al atrevido e impetuoso pero fiel Malik, que había sabido obligar a los refractarios habitantes de Rakka a construir rápidamente un puente, y que ya en la orilla Sur del río había tenido algún choque con las tropas de Moawiya, que avanzaban por aquel lado. A pesar de que todas las huestes de Alí pasaron en breve el puente, dió éste orden de que por lo pronto no se hiciera más que rechazar cualquier ataque del enemigo: lo mismo que antes de la «batalla del camello» no quería tampoco esta vez dejar de intentar medio alguno para evitar el derramamiento de sangre entre los musulimes. Así, no ocurrieron entonces más que combates de avanzadas, de los cuales, sin embargo, uno fué bastante reñido. Ambos ejércitos ocupaban el Siffin, zona de terreno que comprendía principalmente la orilla Sur del Eufrates entre el gran recodo de éste y Rakka, y que aun hoy lleva el mismo nombre; allí la vanguardia de Moawiya, mandada por Abu'l A'war, había conseguido alejar a los contrarios del Eufrates, de modo que estos empezaron a padecer por falta de agua. Debió, pues, Alí consentir el ataque, y Malik con sus jinetes, apoyados por la infantería de Asch'ath Ibn Keis, logró abrirse camino hasta el río y a su vez desalojar de allí a las gentes de Moawiya (principios de Zul-hiddscha del año 36, fines de mayo de 657). Pero como Alí quería aplazar todavía la batalla decisiva, ordenó que se permitiera al enemigo proveerse de agua sin tasa, y al propio tiempo envió otra embajada a Moawiya. Esta embajada fué tan infructuosa como las anteriores, pues el enviado, Schabath Ibn Rib'i, dijo llanamente, y en las mismas barbas de Moawiya, que su continuo grito de venganza por Othman solo podía hacer efecto en el ánimo de los tontos, y esto, como era natural, produjo el resultado negativo que por lo general suelen producir las verdades amargas. Las avanzadas de ambos ejércitos empezaron otra vez a escaramucear, y en estos insignificantes combates se pasó el último mes del año, «pues, así se refiere, no se atrevían a lanzar unas contra otras todas las tropas irakesas y sirias, porque temían que de ello resultase el mutuo aniquilamiento y la ruina general.» Este temor no era vano; eran las mejores fuerzas del Islam las que allí se disponían a luchar, y el precio de la victoria podía muy bien resultar demasiado caro para el vencedor. Así se comprende que aun a principios del año 37 (mediados de junio de 657) se ajustara una tregua formal para todo el mes de Moharram, la cual debía servir para

nuevas negociaciones entre los jefes. Con todo, fué un error funesto por parte de Alí consentir en semejante aplazamiento, grato, acaso, á su indecision, pero que no podia ser mas perjudicial para sus verdaderos intereses. Es una prueba de su completo desconocimiento de los hombres que Alí se imaginara que todavía era posible inclinar á Moawiya á ceder por medios amistosos, y que no viera de cuán perniciosa influencia debía ser para muchos de los elementos de su ejército aquella inactividad y muy particularmente las pacíficas relaciones con los adversarios. Verdad es que en general existía cierta antipatía entre sirios é irakeses, tan marcada como la antigua intensidad con que prevalecía todavía el odio de los antiguos compañeros de Mahoma contra el partido mundano de los omiadas: pero no era menos conocido desde hacia años el carácter veleidoso y porfiado de los de Kufa, y además, como se vió harto pronto, había en sus filas mas de un traidor que solo aguardaba el momento en que fuera provechoso hacerlo para venderse á Moawiya. No tiene nada de extraño, por cierto, en un temperamento como el de Alí, que mientras le había bastado una simple denuncia para destituir desde léjos á su fiel Keis Ibn Sa'ad, no creyera posible á la sazón que se produjese la deslealtad ante sus propios ojos. Durante todo aquel mes fueron y vinieron, pues, las embajadas, aparentemente solo ocupadas en tratar, con gran gasto de toda clase de argucias, el tan agotado y antiguo tema de quién era el verdadero culpable de la muerte de Othman. Alí, aleccionado ya en este punto desde la «batalla del camello», no cedió esta vez á la exigencia de Moawiya de que ante todo expulsara de su ejército á los asesinos de Othman; pero tampoco hizo nada por su parte durante aquellas cuatro semanas, mientras que Moawiya y Amr no dejaban pasar uno solo de los enviados de Alí sin tantearle, ni descuidaban sembrar en su campamento las lisonjas y las promesas de todo género por medio de sus propios emisarios.

Cuando en el último día de Moharram hubo terminado el armisticio, Alí despidió solemnemente á los sirios, y los ejércitos se prepararon para la lucha. Sin embargo, todavía se vacilaba por ambas partes, y no se atrevían á jugarlo todo en una sola suerte. Pasaron, pues, los primeros días (1-7 Safar 37 = 19-25 julio 657) en combates parciales, no faltando en ellos los singulares de los tiempos antiguos, pero sin dar en ningun caso lugar á una lucha general, ni producir ventaja alguna sensible para uno ú otro bando. Por fin, en la tarde del séptimo día se decidió Alí á desplegar todas sus fuerzas: dió las órdenes al efecto en el servicio divino de la tarde y durante la noche todo quedó dispuesto. A la mañana siguiente (miércoles 8 Safar = 26 julio) el ejército avanzó contra los sirios, los cuales tambien tenían preparadas todas sus huestes. Alí procuró disponer sus tropas de modo que tuviesen que pelear entre sí individuos de unas mismas tribus: los Asd de Basora contra los Asd de la Siria, los Jat'am de Kufa contra los Jat'am de la Siria, y así en todas partes donde se encontraban individuos de la misma tribu en ambos ejércitos; en estas disposiciones tácticas se pasó probablemente la mayor parte del día, pues las noticias que poseemos solo dicen vagamente que se peleó ya en aquel día: solo en la mañana siguiente (jueves) estalló la batalla con toda violencia. El mismo Alí, rodeado de los de Medina y de los antiguos «compañeros de emigración» y «auxiliares» del Profeta, mandaba el centro, Ibn Budeil el ala derecha y Abdallah Ibn Abbas la izquierda, cuya caballería estaba dirigida por Malik El-Ashtar. Tambien de la otra parte dirigía el centro el general en jefe: allí Moawiya se había mandado construir una gran tienda, custodiada por los jinetes de Damasco mandados por Amr Ibn El-Asi; el ala izquierda de los sirios estaba

á las órdenes de Habib Ibn Máslama, conquistador de la Armenia, y la derecha á las del himyarita Ibn Zil Kalá; la vanguardia iba bajo el mando de Abu'l A'awar, y la infantería de Damasco, que ocupaba el centro, bajo el de Muslim Ibn Okba. No había gran diferencia entre el número de ambos ejércitos: á los 70,000 combatientes de Alí se oponían á lo sumo 80,000 sirios. Ambos tenían de comun el poderse jactar de poseer un cuerpo de tropas distinguido: el de Moawiya le había jurado solemnemente vencer ó morir, y entre los de Kufa había cierto número de piadosos exaltados, llamados los «lectores» á causa de su incesante estudio del Corán, que siempre iban juntos y estaban entonces agrupados en tres pelotones en torno de Ibn Budeil, Keis Ibn Sa'ad y del anciano Ammar Ibn Yazir. Eran hombres decididos, entre ellos muchos de los regicidas, que habían puesto en Moawiya con mayor intensidad el odio que les había inspirado Othman. Ibn Budeil inició el combate con una vigorosa arremetida contra el ala izquierda de los sirios, consiguiendo hacer retroceder á Habib y abrirse camino con sus «lectores» hasta el centro del ejército enemigo y hasta cerca de la misma tienda de Moawiya; pero entonces le salieron al encuentro los juramentados y le rechazaron, no logrando tampoco los de Medina mantener la posición cuando Alí los envió desde el centro al auxilio de aquellos, pues esta vez no se distinguieron especialmente. En el interin, las cosas iban tambien bastante mal en el ala izquierda de los irakeses: allí los árabes del Sur de Ibn Zi'l Kalá habían hecho progresos amenazadores, de modo que solo el arrojado de algunas gentes de los Rabi'a logró contenerlos en cierto modo. Entonces el mismo Alí reunió á los fugitivos y restableció la batalla, enviando, al propio tiempo, al ala derecha á Malik con sus jinetes, los que igualmente consiguieron contener la fuga ya iniciada y salvar á Ibn Budeil, que se encontraba en el mayor peligro con sus «lectores.» En estas circunstancias se dió otra vez el avance por las tropas de Alí; en la nueva arremetida cayó Ibn Budeil, que «como un toro» se había lanzado al frente de los suyos, pero Malik se encargó inmediatamente del mando y logró hacer retroceder de nuevo á los juramentados hasta la misma tienda de Moawiya. Ya había derribado cuatro filas de estos valientes, y Moawiya había pedido su caballo y montado en él con intención de emprender la fuga cuando un antiguo refran varonil que hirió su amor propio le hizo desistir. Amr le había observado, y dijo con calma: «Hoy funcion de guerra, mañana esplendor de soberano.» Los juramentados cumplieron como buenos. Una vez mas consiguió adelantarse un peloton de «lectores» mandados por Ammar, que gritó: «¡Ya te veo, Amr; has vendido tu conciencia por la lugartenencia de Egipto; que te sirva de perdición!» y á pesar de su avanzadísima edad el antiguo compañero del Profeta luchó como un leon, pero ni siquiera el sacrificio de su vida pudo decidir la victoria.

Continuaban luchando ambos ejércitos, sin que se pudiera prever el resultado, cuando Alí, que había visto desde léjos á Moawiya, le gritó: «¿Por qué hemos de permitir que nuestros hombres se maten unos á otros? ¡Ven aquí, yo te reto ante la justicia de Dios! ¡El que de nosotros dos mate al otro obtendrá la soberanía!» Amr trató de persuadir á Moawiya á que aceptara el reto, pero éste se excusó. «Ya sabes tú, dijo, que hasta ahora nadie le ha hecho cara sin que le cueste la vida,» y como Amr manifestara que no era muy decoroso excusarse, repuso malhumorado: «¡Parece que tienes ganas de gobernar en mi lugar!» En verdad, el arrojado de Alí y su destreza en el manejo de las armas eran demasiado conocidos para que Moawiya pudiera esperar algo bueno de semejante expediente, y así, casi no se le pueden hacer cargos porque evitara tan desigual combate. Ni siquiera la noche separó á

los combatientes: se continuó luchando sin interrupcion en varios puntos del campo de batalla; era esta la segunda «noche del estruendo» que pasaban los vencedores de Kadesia. Por último, en la mañana del tercer día (10 Safar = 29 enero 657) parecía que se acercaba el desenlace. Malik, al cual se le había confirmado en el mando del ala derecha, reunió todos los jinetes de que pudo echar mano para intentar un gran ataque final: hizo retroceder á los sirios que tenía delante hasta su campamento; Alí, que estaba en el centro, observando el victorioso avance de su general se lanzó con su infantería contra Moawiya, y éste, despues de deshecha su ala izquierda, estuvo en grave peligro de ser acometido por dos lados. Pero «la guerra es un juego falaz,» había dicho ya el Profeta. Tal vez se había ya preparado de antemano para este caso una de las mas indignas farsas de la historia, cuya invención fué otro de los méritos de Amr: cuantos coranes pudieron ser habidos se levantaron en alto con las lanzas, gritándose al propio tiempo á los irakeses que allí, en el libro de Dios, se debía buscar el medio de poner término á la discordia entre los creyentes y no en el mútuo aniquilamiento; que se suspendiera la lucha y se nombraran árbitros que examinasen los derechos de Alí y de Moawiya, de conformidad con la palabra del Altísimo, y decidiesen lo que fuera justo. Por mas ridícula que fuera semejante proposición en el momento preciso en que la victoria estaba ya decidida, y por mas que se la pudiera hacer la objeción de no haberse presentado antes del derramamiento de sangre (1), no dejó de producir su efecto. El respeto que todos los musulimes verdaderamente piadosos tenían á la sagrada escritura era tan extraordinario que hizo en ellos gran impresion, bajo todos conceptos, el propósito de buscar la decisión en aquella fuente de verdad; á esto se agregaba que los «lectores» no solo eran piadosos sino que tambien estaban penetrados del antiguo sentimiento de independencia árabe, para cuyo sentido democrático debía tener algo de extraordinariamente halagador la idea de ver á los mas versados en la revelación, como representantes de la comunidad, árbitros del mismo califato. Así, pues, suspendieron la lucha estos hombres, siguiendo su ejemplo gran número de otros cuyos móviles eran de muy diversa índole: traidores, que durante el armisticio habían prestado oído á las insinuaciones de los emisarios de Moawiya, y que hasta, tal vez, se encargaron del papel que á la sazón no se avergonzaban de representar. El que los capitaneaba era el kindita El-Asch'ath Ibn Keis, el traidor á su propio pueblo. Todavía no había perdonado á los piadosos de Medina que le hubiesen despojado de su reino de la Arabia meridional, y aprovechó entonces la ocasión para ayudar á robarles la victoria y saborear la tardía venganza. Hizo de vocero, é insistió ante Alí para que mandara llamar inmediatamente á Ashtar, que seguía peleando, y le enviara á él mismo ante Moawiya para gestionar las cuestiones del arbitraje. En vano el califa objetó desde el primer momento á los «lectores» que personas como Moawiya, Amr, Ibn Abi Sarh y sus camaradas eran ya demasiado conocidas como enemigos de la fe y del Corán para que no se viera claramente que su proposición no era mas que puro engaño: los obcecosos fanáticos y la desleal canalla continuaron insistiendo cada vez mas amenazadores, y ya se habían oido gritos de que le tratarían como á Othman si no se decidía prontamente; así, pues, tuvo que acceder á enviar un mensajero á Malik El-Ashtar. El impetuoso jefe de la caballería se enfureció y estuvo á punto de negarse á obedecer, y solo cuando

(1) No tenemos ninguna noticia fidedigna acerca del número de los que perecieron en estos combates; pero de todas las descripciones de ellos se deduce que las pérdidas debieron de ser muy considerables para ambas partes.

se le amenazó á él tambien con que matarían á Alí si no se suspendía la batalla, cedió muy á su pesar. Cuando se acercó á los «lectores» les echó duramente en cara su imbecilidad: la victoria estaba ya ganada, que le permitieran volver á sus tropas por un corto momento y la perdición de los impíos, que jamás se habían cuidado del Corán, quedaria consumada. Todo fué en vano: confirmados por los traidores en su piadosa terquedad persistieron en su exigencia, y Alí, separado de sus partidarios personales por los grupos de los exaltados, asustado de la amenaza de asesinato, á pesar de su siempre probado arrojo en la batalla, é incapaz desgraciadamente, como de costumbre, de adoptar una resolución pronta, se vió precisado á enviar á Asch'ath á los sirios, esto es, darse por perdido y dar por perdida su causa, pues si se había tal vez imaginado que á lo menos podría conseguir una imparcial composición de los miembros del tribunal, muy pronto quedó desilusionado.

No tardó en regresar Asch'ath con la noticia de que estaban acordes en que se designara un árbitro por cada una de las partes, y estos decidirían, de conformidad con el Corán, si la soberanía correspondía á Alí ó á Moawiya. Como era de esperar, fué Amr el designado por los sirios; los obstinados irakeses, que todavía rodeaban á Alí, instigados por Asch'ath, exigieron que nombrara á Abu Muza el-Asch'ari, aquel antiguo lugarteniente del Irak que había perdido su cargo cuando los de Kufa se declararon en favor de Alí. Abu Muza había manifestado que no tomaría parte en la guerra, pero es de sospechar que estuviera de acuerdo con Moawiya, de lo que naturalmente los piadosos «lectores» no tenían presunción alguna, venerando en él á uno de los mas antiguos compañeros del Profeta. Sea como fuere, estaba cerca de allí, aguardando en una pequeña población situada al Sur de Siffin el desenlace de los sucesos. Desde luego sabía Alí que semejante hombre no seria muy ardoroso defensor de sus intereses; pero de nada sirvió otra vez su negativa, y su propuesta de nombrar árbitro á Malik fué rechazada con mofa. A pesar de que éste había vuelto á su lado con sus tropas, el califa, indeciso, se arredró de nuevo de dar la señal para una lucha entre sus propios partidarios y volvió á ceder contra el mejor consejo. Envióse á buscar á Abu Muza, y pocos dias despues quedó ajustado por escrito el convenio, segun el cual debían reunirse los dos árbitros, en el mes de Ramadan del mismo año, en Dumat el-Schandal, oasis situado en el desierto sirio á mitad del camino de la Siria y del Irak, para pronunciar su fallo, permaneciendo entretanto ambos ejércitos en sus respectivos cuarteles generales (2).

Si se considera el inmenso desatino de que un ejército de 70,000 hombres encanecidos en el servicio de las armas, y que, además, en su gran mayoría, no tenían nada de tontos,

(2) La exposición que acabamos de hacer concuerda con la corriente entre los historiadores árabes. Al lado de ésta se encuentra otra en la Crónica de Ya'akubi, que solo se ha publicado recientemente y que merece ser tomada en especial consideración porque pone de manifiesto la influencia que ejercían los celos de tribu, al propio tiempo que los muchos bandos de la comunidad, y la conducta posterior de los «lectores» del Corán como menos decisiva. Segun dicha Crónica, parece que estos últimos no intervinieron, á lo menos en primera línea, en los sucesos hasta la elección de los árbitros, y que fué mas bien Asch'ath el que excitó la susceptibilidad de sus compatriotas del Sur en el ejército contra los muchos árabes del Norte que rodeaban á Alí, y especialmente contra Malik. Segun esto, los «lectores» no hicieron mas que seguir á sus compañeros de tribu, en contra de Alí y de Malik, en lo de la proposición del arbitraje. Sin embargo, no se puede aceptar desde luego esta apreciación discrepante frente á la unanimidad de las otras tradiciones, sino que se debe renunciar al esclarecimiento de lo que puede haber de oscuro en estos sucesos hasta que, acaso, sea conocido nuevo material histórico.